

El espíritu profético vivía aún, aunque muy débilmente, y poseemos su último suspiro en un escrito corto que ciertamente fue contemporáneo de Nehemías. El autor es designado con misterio y no quiso que su nombre se conociera. Los abusos que combate son los mismos que Nehemías combatió: el descuido en el pago de los diezmos y otros emolumentos legales, los casamientos mixtos de los judíos con las mujeres paganas, el divorcio, sobre todo cuando se repudiaba a una israelita para casarse con una extranjera. Las ideas escatológicas y mesiánicas preocupan a aquel profeta rezagado como a todos sus antecesores. Cercano está el día de Jehová, que traerá incendio y exterminio. Dios preparará a los fieles con una aparición extraña. Elías va a resucitar, para traer la reconciliación a la conciencia desgarrada de Israel. A este mensajero extraordinario le llama Jehová *maleaki*, «mi enviado». La visión entera que tomó este nombre se llamó profecía de *maleaki*, palabra que se convirtió luego en el nombre propio de Malaquías.

Este anónimo siente vivamente la situación moral verdaderamente trágica de la conciencia israelita. La genta piadosa, al acabársele la paciencia, piensa que se agrada a Jehová obrando mal y que nada se obtiene observando los preceptos. La respuesta de Jehová no se hace esperar. Se formula una memoria que contiene los nombres de los verdaderos servidores de Jehová.

Se produce una transformación en las ideas antiguas. Jehová lleva ahora un registro de los nombres de aquellos fieles que no han presenciado el desquite de su poder. Si el profeta anónimo hubiera llevado su razonamiento hasta el final, habría creado para ellos un lugar de espera,

y después una era de triunfo. Pero no se sacará esta deducción hasta el tiempo de los Macabeos, aunque ya en tiempo de Nehemías se admite que pueda resucitar un profeta antiguo o que un vivo pueda ser el representante adecuado de tal profeta.

*Maleaki*, transformado en nombre de profeta, se añadió a la recopilación de los escritos proféticos reunidos en volumen. Después del *Maleaki* ya no se añadió más. La nueva germinación profética que apareció en forma apocalíptica a partir de los Macabeos, se quedó en el *Ketubim* o Hagiógrafos.

La biblioteca de los profetas, cerrada ya, fue leída con ardor por los que conservaban ideas sobre el porvenir. Tomó el sentido y el valor de una recopilación sibilina, donde se buscaron oráculos destinados a dar a conocer los acontecimientos futuros. Los escritos de Jeremías fueron los que más sirvieron para este uso frívolo. Se había perdido el espíritu de aquellos viejos tribunos terribles, llenos de tan alto poder de indignación y de tan ardiente amor a la justicia. Las dos grandes esperanzas de los profetas, la reconciliación de Judá y Efraím, verificada en Jerusalén, y la idea de convertir a Jerusalén en centro religioso del mundo, eran sueños de otra edad. Zorobabel y Nehemías excluyeron formalmente a Samaria de la obra de la restauración. Se consumó el cisma samaritano.

Jamás se sabe lo que se funda. Jesús creyó fundar la religión del espíritu y la suya ha resultado tan supersticiosa como otra cualquiera. También los profetas de la gran época habrían protestado si hubieran visto que sus ideas puritanas y austeras acababan en un ritualismo grosero, en cuestiones de sacrificios e impurezas legales, cuando ellos sostenían que sólo el mal es una impureza y que la injusticia no puede expiarse con ningún sacrificio. A pesar de todo, algo queda siempre de cualquier esfuerzo desinteresado. El espíritu de los profetas había de renacer, mientras este culto, estudiado en sus menores detalles, y representado por un enorme personal, tenía a la fuerza que desaparecer para siempre.